

mo contrapartida a su bella acción de «boy-scouts» sobrenaturales. un aluvión de improprios fabricados por infinidad de españoles que se habían acercado al teatro del Círculo de Rosario desde cientos de kilómetros de distancia. y esto solamente por ver bailar a sus compatriotas y escuchar de nuevo gaitas y coplas, chistus y tamboriles. Era impresionante revistar el aparcamiento de coches en las proximidades del teatro, porque tenía todo el aspecto de un campamento del Oeste, con sus carromatos, todo lo motorizados que se quiera, pero mucho más sucios de polvo y barro de lo que sus dueños hubiesen deseado. Había polvo de la edad del cuero a la del justicialismo. Menos mal que estos pioneros de la curiosidad pudieron resarcirse al día siguiente, domingo, colocándose por las buenas en un teatro lleno y consiguiendo, de paso, la dimisión irrevocable de la famosa ley de la impenetrabilidad de los cuerpos.

Por la mañana me contaron que Rosario soportaba una mayoría comunista en la colectividad española. Por razones inexplicables el mayor núcleo de comunistas exportado desde la derrota sufrida por Rusia en los campos españoles, se fué a vivir a la sombra cálida de una Virgen dieciochesca y gaditana, morenita ella, muy Virgen de cofradía, que da su celeste amparo y su tibio nombre a la ciudad. Por tales causas me aventuré a pronosticar un cierto hielo en el teatro, y me equivoqué de medio a medio. Puede mucho el recuerdo del paisaje natal, y si bien los comunistas no son muy propicios a conmovirse por otro paisaje que el de las cebollas del Kremlin, la verdad es que metidos en una sala fervorosa — ¡ay, los pioneros de la nostalgia! —, puestos de cara a su recuerdo vasco o catalán, andaluz o extremeño, gallego o canario, español, en suma, hasta

los comunistas pueden entregarse a la olimpiada del aplauso. Tímido, eso sí, para que no se enfadé el comisario, pero aplauso, que ya es bastante. De todos modos, y ocultarlo sería una estupidez. hubo unos cuantos que no alzaron bandera de parlamento. Por ejemplo, cuatro que en un palco vecino al escenario miraban atentamente, sorbían el mensaje sin desperdiciar gota, sin perder paso, sin quitar ojo ni un momento, sin hablar ni media palabra; esos cuatro aplaudían al final de cada número, pero con ese ademán entre insultante e impertinente utilizado por las señoras superferolíticas que para decidirse a dar unas palmadas en la ópera necesitan golpear con su guante sobre la trompa de un elefante blanco o sobre el lomo de una gacela sagrada. Pero esos cuatro, al llegar el saludo a la bandera, la danza que ha hecho regresar a la simple condición de seres humanos a un buen hatajo de comisarios políticos, se residenciaron en su propio antepalco hasta que la salva atronadora de aplausos cesó con el fin del baile. Llevaban su menuedo y puerco rencor al extremo de renegar de su propia condición vascongada.

Entre bastidores, las chicas se pasaban el parte sobre el estado anímico de un ciudadano en «suite» verde que ocupaba una butaca de la fila cero.

—¿Qué, se ha reído ya? ¿Aplaude?

—No; todavía no —testimoniaban las que acababan de abandonar las candilejas.

El hepático sujeto permanecía impassible como una esfinge y avinagrado como un pepinillo.

Córdoba.

La guerrilla danzante se esparcía por Córdoba, y cuatro simples autobuses daban la impresión de que toda la ciudad estaba llena de trajes típicos.